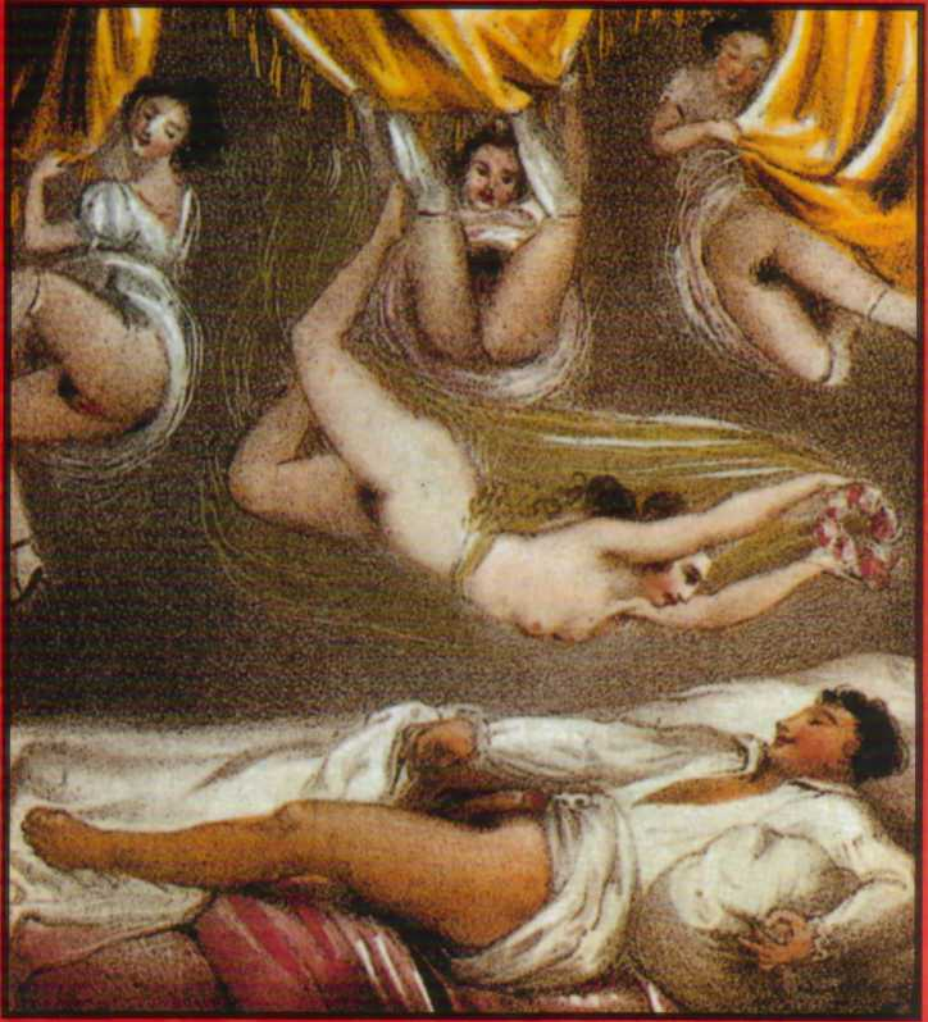


# La historia del Rey Gonzalo y de las doce princesas

PIERRE LOUYS



**MALDITOS HETERODOXOS!**

# La Historia del Rey Gonzalo y de las doce princesas

- Pierre Louys -

MALDITOS HETERODOXOS!



© Copyright 2000 de esta edición  
Editorial La Máscara  
Pza. Juan Pablo II 5-B  
46015 Valencia-España

Autor del prólogo: Josep-Vicent Marqués  
Autor del texto: Pierre Louys  
Ilustración de portada: *The Wet Dream*, litografía perteneciente a una serie atribuida a Achille Deveria  
Maquetación: Editorial La Máscara  
Filmación: Gráficas Papallona, S.C.V.  
Impresión y encuadernación: Grafo S.A.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 84-7974-433-2  
Depósito Legal: V-2119-2000

Escaneo, OCR y corrección de Iqbalram  
Colección La Biblioteca de Iqbal

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| PRÓLOGO. . . . .  | 9  |
| NOTA SOBRE PIERRE LOUYS. . . . .                                | 15 |
| LA HISTORIA DEL REY GONZALO<br>Y DE LAS DOCE PRINCESAS. . . . . | 17 |

## Prólogo

¿Gustáis, amiga o amigo lector, de los excesos? En buena hora. No es nuestro caso, si bien para pronunciarlos con mayor rigor deberíamos tener tanta experiencia en ellos como tenemos, sin duda, en defectos y carencias. Como dice Kenneth Branagh, "el amor nos vuelve atolondrados y hace que perdamos la dignidad", cita que viene a ejemplo no sólo para probar que al menos hojeamos el suplemento dominical ofrecido los sábados por un prestigioso diario, sino para ilustrar, además, la costumbre de pontificar sobre la humana condición, hábito que puede verse en el comportamiento de los y las más ilustres artistas y esclarecidos varones. Una generalización abusiva tan dolorosa e incluso agresiva como la que hace Mister Branagh sería la que íbamos a hacer en este texto a propósito de los excesos. Cierto es que no hubiéramos incurrido en los errores adicionales cometidos por el excéntrico

y brillante cineasta, como considerar negativa la pérdida de la dignidad —la dignidad es, al menos, lo único que uno puede siempre y a veces debe perder en el amor— o eufemizar el comportamiento amoroso desequilibrado diciendo que el amor nos vuelve atolondrados, cuando no sólo pocos saben lo que es una "tolondra" sino que es más cierto que lo que nos vuelve —a nos, a vos y a Kenneth Branagh,— es completamente gilipollas.

Expongamos, pues, nuestra relativa distancia crítica ante los excesos sexuales con modestia y prudencia, pues Pierre Louys mismo nos habla en otro texto de una familia de acróbatas en la que madre e hijas eran de colosal e impactante licenciosidad, y este mismo interés por los excesos puede hallarse también en la obra de nuestro polígrafo amigo Vicente Muñoz Puelles, interés respetable y no sé si meritorio, que le ha llevado a indagar desde Restif de la Bretonne hasta Philip Roth e incluso a reseñar anónimos, cuando nuestra educación nos insta no sólo a no perder la dignidad, como le dijeron probablemente a Branagh en la *Public school* privada donde seguramente se educó, sino a no hacer caso de anónimos.

No es cierto, entrando ya en materia, que los orgasmos se compren ya en los grandes almacenes. En ese punto, Internet ha abierto un mercado más amplio que el comercio moderno, esto es, ya tradicional. No, el placer —o los movimientos que con él se confunden—

tiene aún mucho que ver con el discurso privado y no ha entrado totalmente bajo el control del discurso público de quienes tienen intereses obviamente privados y además consiguen pelas a intereses más bajos que nosotros, meras partes contratantes en interés de nuestras partes. Es cierto que las reglas del trato carnal en nuestra sociedad requieren el paso previo por unos grandes almacenes para adquirir la indumentaria propiciatoria, los afeites adecuados o los abrasivos abonos que vuelven nuestra epidermis tolerable. Pero los orgasmos aún no están totalmente estandarizados y pueden ser:

a) Cinéfilos, inspirados o no por los luises no congregantes, Buñuel y Berlanga, evidentemente, mucho más próximos a las tiendas de lencería y a las zapaterías de lujo.

b) "Orales", de gran solera, ancestrales diríamos si a poner ancestrales vamos, habidos o tenidos mediante la producción de narrativa oral de ficción en unidades de pequeña extensión y alta previsibilidad y redundancia.

c) "Virtuosales", esto es, virtuales y virtuosos a un tiempo, acaecidos, con intención o sin ella, con ocasión de contactos por ordenador. La *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, localizable en esta misma

colección, no menciona esta forma de alivio, pero de hacerlo distinguiría entre:

- habidos al encontrar "partenaire" inalámbrico, acaecidos por feliz azar al realizar balances, simular apartamentos en Torrevieja o consultar la edición del *New York Times*, y

- accidentales, producidos por alguna dependencia de la tecnología de Bill Gates o por algún error de la de Juan Villalonga.

d) "Polivalentes", esto es, mediocrementemente de pareja, pero muy ricos en adherencias, connotaciones, efectos secundarios y entrañables contingencias: revisión del guardarropa de los niños, valoración de las diferentes opciones de las vacaciones estivales, indagación sobre en qué aspectos el otro recuerda irremediablemente los peores rasgos de alguno de sus progenitores, esmerada educación del *pointer* o del *rottenmachacakinder*, últimos indicios de la proclividad de la prole hacia la delincuencia juvenil o el consumo de estupefacientes, evaluación del rendimiento profesional en comparación con los cuñados, o simplemente consideración presupuestaria de estos y parecidos temas.

e) "Téntricos", esto es, tántricos y téntricos, esto es, sin manos, sin eyaculación, con un fuerte deseo de purificación espiritual, amén de depuración circulatoria.

f) Dietéticos, o sea, gimnásticos, próximos al *footing*, basados en el interesante consumo de calorías que la fornicación comporta, vamos, para no engordar.

g) Imaginados, en cierto modo próximos a los orales, dada su previsibilidad y redundancia, pero al menos autogestionados, hechos por uno/una mismos, artesanales.

De estos tipos de orgasmos, los últimos, los imaginados, merecen nuestra simpatía, que se extiende a esos autores de refinadas obras literarias que confiesan tenerlos ellos mismos o los provocan en lectoras y lectores. Comprenderán ustedes que hay una diferencia entre cualquier fragmento de este texto de Pierre Louys y *Sueños calientes de la novicia cachonda*, continuación o repetición de *Sueños cachondos de la novicia caliente*, copia o calco de *Fantasías lascivas de la abadesa lujuriosa o la monja voluptuosa*, de alquiler en todas las buenas videotecas. Hay en *El Rey Gonzalo y las doce princesas* conceptos, imágenes e inquisiciones que a una persona como yo, a quien la lucha política juvenil privó de ser visitante de los cultos y alegres burdeles de postguerra cantados por Vizcaíno Casas, se le escapan. En el colegio no nos enseñaron, entre tanta comarca de Burgos y tanto río de Andalucía, la dosis de anatomía humana que necesitábamos.

Desgraciadamente el incesto paterno no es ninguna broma y es aún una triste realidad en las Españas patriarcales de este prometedor —si la economía y la ecología lo soportan— milenio. Sin embargo, su superación no depende sólo de la necesaria combatividad de las mujeres y del movimiento feminista, sino también de la capacidad de los varones de atreverse a explorar su semi-consciente o cosa así. No se trata de que todos los varones proclamemos que tenemos fantasías con nuestras hijas, sino de reconocer las fantasías de cada cual. Montserrat Roig , mujer y escritora inolvidable, admitió públicamente en la Tercera Semana de Estudios de Sexología de Euzkadi haber tenido fantasías con los oficiales de las SS. Reconozcamos que la sociedad patriarcal nos propone desear a todas las mujeres hasta los cuarenta años —¿por qué?— y hacer de molestos custodios de la virginidad de las hijas hasta que otro varón se haga cargo de ambas, de la virginidad y de la hija, como si fueran de su propiedad. En una entrevista, al sobrevaloradísimo presidente Adolfo Suárez se le escapaba que su hija mayor, "afortunadamente, ya tenía novio o prometido".

Josep -Vicent Marqués  
Valencia, mayo de 20000

## Nota sobre Pierre Louys.

Pierre Louys nació en Gante el 10 de diciembre de 1870 y murió en París el 5 de junio de 1925. Cambió su verdadero apellido, Louis, por afán de excentricidad. Tradujo a los poetas de la Grecia clásica, y en 1894 publicó *Las canciones de Bilitis*, que hizo pasar por traducción suya de una poetisa desconocida, contemporánea de Safo; la superchería engañó incluso a los expertos.

El poeta Francois Coppée elogió *Afrodita* (1896), novela sobre los amores de una prostituta de la antigua Fenicia, y Debussy puso música a *Las canciones de Bilitis*. Su novela *La mujer y el pelele* (1898), ambientada en España, fue muy apreciada por los surrealistas e inspiró las películas *The Devil is a Woman* (1935), de Joseph von Sternberg, y *Ese oscuro objeto del deseo* (1976), de Luis Buñuel.

Hoy su fama se basa fundamentalmente en la abundantísima obra erótica —poemas, diálogos, obras

de teatro, novelas, cuentos—, que se encontró en los cajones de su escritorio tras su muerte. En 1926 aparecieron *Las tres hijas de su madre* —"torrente de fango y mierda", en palabras de Mandiargues—, y *Manual de urbanidad para jovencitas (De utilidad en instituciones educativas)*, textos explosivos cuya calidad se vio confirmada al año siguiente con los títulos *Pybrac*, *Poèmes érotiques*, *Douze douzaines de dialogues* y *L'Histoire du roi Gonzalve et des douze princesses*. Hay, además, decenas y decenas de poemas eróticos, diálogos y cuentos manuscritos propiedad de coleccionistas particulares o que circulan por las librerías especializadas. Cabe preguntarse si lo inédito no será superior, al menos en cantidad, a lo publicado.

*La historia del rey Gonzalve y de las doce princesas* es la versión licenciosa de otra novela del mismo autor, *Las aventuras del rey Pausole* (1901), con la que a menudo tiende a confundirse.

Las obras eróticas de Pierre Louys constituyen la plasmación de los sueños sexuales más obstinados que jamás haya elucubrado escritor alguno.

## LA HISTORIA DEL REY GONZALO Y DE LAS DOCE PRINCESAS

Érase una vez un rey y una reina que tuvieron doce hijas en diez años.

Cuando la mayor tuvo dieciocho años y la más joven siete y medio, el santo confesor de las doce princesas solicitó una audiencia al rey; una audiencia privada. Le fue concedida una tarde, a puerta cerrada.

—Señor —dijo el confesor—, no sé si me atreveré a revelaros, ni siquiera a vos, un secreto confesional. Bueno, el caso es que ha llegado a mis oídos que el Maligno tienta a Sus Altezas...

—¿En vano, señor capellán?

—En vano. Sin embargo..., al objeto de no caer en la tentación, todas ellas se libran a determinadas prácticas, unas veces solitarias..., otras veces no...

—¿Qué queréis decir con eso? ¿Acaso reciben...?

—¡A nadie! Pero esas prácticas, cuyos detalles ni siquiera puede imaginar Su Majestad, se perpetran en común. Resumiendo, que sus altezas no sueñan, día y noche, más que en los deseos de la carne y en los medios furtivos de satisfacerlos.

—Os quedo muy reconocido, señor capellán —dijo el rey—. Esta cuestión concierne exclusivamente a mi autoridad. Ahora id a ver a la reina y decidle que su reciente proyecto de recluirse durante unos meses en un monasterio no me disgusta en absoluto. Lo apruebo desde este mismo momento. Conducidla vos mismo a cien leguas de aquí y permaneced a su lado; sed el confesor de su majestad. Esta responsabilidad de tan alto rango es la gracia que concedo a vuestros buenos oficios.

En cuanto la reina y el prelado hubieron abandonado el palacio, el rey Gonzalo hizo que llamaran a una de las damas de la Corte y, a puerta cerrada por segunda vez en aquella noche, le permitió arrodillarse familiarmente entre sus piernas.

—El día en que te nombré dama de compañía de Sus Altezas, Chloris, ¿qué te dije?... ¿Cómo? ¿Te sonrojás?

—Que vos me concedíais la gracia de empalmaros para mí, señor, pese a que yo era indigna de ello.

—¿Y qué más?

—Que yo parecía menos indigna de inspirar deseo en cuanto me quedaba desnuda de la cabeza a los pies.

—¿Y qué más?

—Que mi indignidad no merecía más perdón por el hecho de que supiera abrirme las nalgas y prestar la lengua o la boca; y también que, aun cuando se suponía que yo era bollera, a vos, señor, os parecía lo suficientemente putilla como para convertirme en dama de honor...

—De mis hijas.

—Y justo un día después pude deciros que las doce eran vírgenes...

—Pero, también, que no tenías nada que enseñarles.

—Las hijas del rey lo saben todo sin haber aprendido nada.

—¿Y por qué el rey, que tanto ha aprendido, no lo sabe todo?

—Para que yo disfrute del placer de explicarle lo que falta.

Después de un breve silencio, el rey indicó con un gesto a la muchacha que se acercara y le hablase al oído. Así lo hizo ella, permaneciendo de rodillas y dejándose abrazar.

—Están a punto, señor. ¿A cuál queréis para esta noche?

—¿Y cómo sabes que sólo quiero a una?

—El corazón de una enamorada adivina todo lo que no se le dice.

—¿Incluso a cuál de las doce voy a nombrar?

—Sí, y también que vuestra elección me resulta lo suficientemente familiar como para atreverme a susurrároslo.

—¿Y si fueras tú?

—No, señor. Vos sois demasiado bueno y, además, yo no soy tonta. ¿Me permitís tratar de leer en vuestros ojos a cuál de ellas elegiréis sin ayuda de nadie?

Las doce princesas tenían nombres sencillos: Prima, 18 años; Secunda, 17; Tertia, 16; Cuarta y Quinta, las gemelas, 15; Sexta, 14; Séptima, 13; Octava, 12; Nona, 11; Decima, 10; Puella, 9; Párvula, 7 y medio.

—¿No tan deprisa! —repuso el rey—. ¿Cuál de las doce es la peor?

—Todas.

—¿Demonio!

—Han adoptado como máxima moral el "Masturbaos las unas a las otras", y no juegan a otra cosa que no acabe así.

—¿Quiénes son ya mujeres?

—Las seis primeras. Sin embargo, la séptima es una de las más apasionadas; y las cinco menores son las más obscenas.

—Siendo como dices, Chloris, seguiré tu consejo o, para decirlo con más propiedad, tu conejo. Cuenta los pelos que tengo en la mano... Es mi manera de echarlo a suertes.

Chloris, sorprendida, contó siete.

—Siete pelos designan a Séptima —dijo el rey—.

—¡Son más de los que tiene ella! —exclamó Chloris riendo—. Pero es muy apasionada, como acabo de deciros, y sería una pena desvirgarla por delante.

—¿Significa eso que...?

—Que habiendo encontrado a vuestras hijas vírgenes y tan ardientes, señor, les he inculcado a todas el deseo, el instinto, el placer de...

—No sigas. Me jacto de tener una inteligencia considerable. Lo he comprendido.

—Séptima no tardó menos en captar mi idea. Está a punto, lo mismo que sus hermanas.

—Ve en su busca. Tráela tal como esté. No digas nada a las demás. Prepara a la pequeña cuando os encontréis a solas, y dirígios a mi aposento inmediatamente después.

Chloris encontró a Séptima completamente desnuda. Y, tan pronto como estuvo a solas con la joven princesa, supo qué decir y cómo hacerse comprender. A Séptima no había nada que la sorprendiera. Entró desnuda, hizo una reverencia y dijo:

—Buenas noches, papá. ¿Puedo acostarme contigo?

—Si eres lista...

—No. Es posible que no sea demasiado lista, pero eso importa poco.

—Si, como dices, no eres demasiado lista, entonces que se quede Chloris. Será más prudente.

—¡Oh, sí! ¡Será más prudente! —repitió Séptima, sin poder evitar dirigirle un guiño a su dama de honor.

Ésta, que seguía de pie con su ligero y largo vestido, se acercó al rey para decirle al oído que Séptima estaba prevenida, que era perfectamente consciente de que aquella noche todo le estaba permitido, y que respondería con absoluta franqueza a las preguntas que se le formularan.

—Séptima —dijo el rey—, ¿qué es lo que mejor conoces?

—La moral.

—¡Ah! ¿Y qué distancia crees que existe entre el vicio y la virtud?

—La misma que existe entre el coño y el culo: justo el grosor de un dedo meñique.

—Empezamos bien... ¿Y cuántas virtudes y cuántos vicios tienes tú?

—Virtudes, dos: mis dos agujeros. Y vicios, también dos: mis dos agujeros. ¿Debo explicar por qué?

—Sí. Me parece que conoces demasiado bien la moral, pues hablas tan oscuramente como la filosofía.

Sin asomo de timidez, Séptima se acostó atravesada en la cama y, de inmediato, levantó las piernas.

—Mi primera virtud es mi virginidad, cuando la muestro. ¿A que sí? Mira. Y mi segunda virtud está un poco más abajo. También es una virginidad..., estoy llena de ellas.

—Y tus vicios, ¿dónde están?

—En los mismos agujeros, cuando me masturbo con los dedos metidos en el culo. Pero no me gusta que lo hagan mis dedos; prefiero los de mis hermanas y, sobre todo..., me gustan mucho más los de Chloris.

—Y, puesto que conoces tan bien la moral, dime, ¿cuáles son tus deberes para con Chloris?

—¿Mis deberes para con Chloris? No podría enumerarlos todos sin llevarlos al mismo tiempo a la práctica,

y sólo puedo llevarlos a la práctica bien si ella se queda completamente desnuda.

Con el consentimiento del rey, la joven dama de honor dejó caer a sus pies el vestido y el resto de las prendas que llevaba puestas.

—Señor —dijo—, yo no le he enseñado a pronunciar las palabras que vais a escuchar, pero no es menos cierto que Su Alteza no encontrará la menor dificultad en inventar siete deberes si yo le pido que los enumere. ¿Cuál es el primero?

—Decirle que es hermosa, y que la amo con todo mi corazón, con todo mi coño, con todo mi culo.

—¿El segundo?

—Besarle la boca y no hacerle ningún reproche si su lengua está impregnada del sabor del orgasmo de mis hermanas mayores.

—¿El tercero?

—Decirle: Chloris mía, deberías ser tú quien me hiciera los honores, pero tengo demasiadas ganas de comenzar como para no besarte la mata de pelo.

—¿El cuarto?

Séptima hacía todo cuanto decía. Por ello, antes de seguir hablando obligó a Chloris a tenderse en el borde de la cama, y luego le dijo:

—Besarle los labios del coño antes de comérmelo a lametones.

—¿La quinta?

—Comprender lo que quiere cuando levanta los muslos y ofrece el agujero del culo para que la hija del rey se lo lama.

—¿El sexto?

—Excitarle el clítoris con la punta de la lengua.

—Y el séptimo —intervino Chloris—, dejad que yo lo diga en vuestro lugar: el séptimo, o el primero, es dejar que os rindan servicio, puesto que todo lo que acabáis de decir son mis deberes hacia vos, en lugar de los vuestros.

—¡No! —protestó Séptima—. El séptimo deber es sacrificarse. Chloris, te ofrezco a mi padre.

Maravillado, el rey exclamó desde su cátedra:

—¡Esto sí que es una niña bien educada! No me equivoqué al elegir a Chloris para que fuera su dama de honor.

—En tal caso —dijo Séptima—, merecemos un premio las dos. Ahora, que ella vaya hasta el fondo de la cámara y te diré al oído cuál debe ser.

—Escucho.

—¿Sabes a quién quiero más que a ella y más que a mis hermanas? A ti. Deseo darte todo aquello que te produce placer..., pero no sé..., quisiera ver, para saber. Házselo primero a ella, házmelo después a mí, y las dos estaremos encantadas.

—Pero ¿qué puedo hacerlos a la una y a la otra?

—Lo que... Lo que ella me ha contado que se hace a las jovencitas..., un poco más abajo de su virginidad. .. o un poco más arriba cuando están de rodillas...

Y, sin esperar más, gritó:

—¡Chloris, de prisa, rápido! ¡Mi séptimo deber!

—¿Vuestra Alteza Real me ofrece a Su Majestad?

—Sí, señorita De Pranges. Por amor hacia vos, os cedo el paso... Y también para tomar buena nota —añadió riendo—. Ahora que he cumplido con mis siete deberes no te debo ya nada, guarra. Haz todo cuanto sea necesario para que el rey te encule, en una postura apropiada para que yo lo vea todo, y cuando lo haya visto todo, ocuparé tu lugar. Más tarde me darás las gracias con tu lengua.

—¿Y cómo debo comportarme? ¿Como una virgen, como una enamorada, o como...?

—¡Como tú, mi queridísima puta!

Sonriendo, Chloris se acercó al rey, lo desvistió y pudo reconocer, sin la menor sorpresa, que se encontraba en situación de recibir sus favores.

Séptima, a pesar de entrever por primera vez las particularidades masculinas, las consideró asimismo sin asombrarse lo más mínimo. No en vano había sido suficientemente informada por las confidencias y los dibujos. Lo cual, sin embargo, no evitó que recibiera una fuerte impresión, e incluso que se sonrojara.

Empuñando el miembro, Chloris habló con dulzura y respeto:

—¡Qué hermosura, un rey!

—¡Qué admirable! —suspiró Séptima.

Con un hombre joven, Chloris quizá se hubiese entregado a una lección menos abreviada, pero el soberano rozaba ya la cuarentena y su amante, temiendo alguna mala pasada de la naturaleza, aceleró el juego.

Puesto que le había sido dado el trato de "queridísima puta", no sintió vergüenza alguna en humedecerse la mano con un agua de jabón que también ofreció al rey y a Séptima: un modo sencillo de hacer los deslizamientos más fáciles.

A continuación, se arrodilló en medio de la cama, se inclinó hacia delante y presentó la grupa.

—¡Oh! ¡Así...! —dijo la princesita—. ¡Y nosotras que nunca nos atrevemos a meterle más de dos dedos! Si hubiésemos sabido que... Pero esto ya no es un agujerito, ¡es un brazalete!

—Ahora os toca a vos —dijo Chloris, incorporándose con movimientos sinuosos—. Compond un brazalete como el mío.

Anhelante y un poco recelosa, Séptima adoptó la misma postura. Detrás de ella, Chloris tomó entre sus manos los finos muslos, abrió con los dos pulgares el ano rosado y blanco... Pero, pese a la prudencia que demostró el rey, la pequeña profirió un grito mientras Chloris, en un intenso boca a boca, sofocaba incluso los suspiros.

—Se acabó —murmuró—. Ahora ya sois tan mujer como yo.

Dominada todavía por el dolor, Séptima quiso sonreír para decir, en tono aún más quedo:

—¿Tan puta como tú?

—No. Todavía os queda mucho...

—Pero ¿cuando una virgen tiene un mango como éste en el trasero...?

—Eso demuestra que es virgen.

—¿Y cuando el mango es el de su padre?

—Eso es una prueba de amor filial.

—¿Y cuando el mango de su padre acaba de salir del culo de su bollera...

—Entonces la pobre bollera es, además, cornuda.

—¡Qué descaró! ¡Resulta que la cornuda soy yo! Acabas de engañarme ante mis propios ojos... Pero, ¡oh! ¡Chloris! ¿Qué me está sucediendo?

—Una catástrofe.

—Creo que estoy gozando.

—¡De prisa! Si queréis ser tan puta como yo, dejaos ir, gozad, hablad.

El cuerpo de Séptima se retorció, presa de estremecimientos. De pronto, la muchacha echó un vistazo por encima del hombro y profirió, a voz en grito:

—¡Ah, ah, ah! ¡Éste es el momento más dulce de mi vida!

—No está mal —le murmuró Chloris al oído—. Así es como se muestra realmente una puta.

Transcurridos cinco minutos, Séptima, físicamente purificada y moralmente instruida, se acurrucó en el centro de la cama y dijo, en un tono más de niña que de princesa:

—Gracias, papá. Y gracias, Chloris.

—Tu gratitud se anticipa a lo que voy a concederte —replicó el rey—. Pídeme el placer que desees. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? Un placer para ti, y otro placer para ella. Pero creo que ella tiene más urgencia. ¿Por qué te sonrojas, señorita de Pranges? ¿Por qué te revuelves de ese modo?

—¡Estoy acalorada! —exclamó Chloris, sonriendo perezosamente.

—Siendo así, papá, nombrémosla por esta noche maestra de ceremonias. Una muchacha acalorada no sabe lo que dice. Con ella no nos aburriremos.

Sin embargo, por muy caliente que pareciera estar, Chloris sabía bien lo que decía cuando, poniendo todo

su empeño en no defraudar a nadie al tomarse en serio su papel, respondió lo que sigue:

—No estando permitido por el protocolo que el soberano tome a la misma virgen dos veces consecutivas, ésta puede nombrar a tres de sus hermanas para que el rey designe cuál de ellas pasará la noche con nosotros.

—La más hermosa es Prima; la más viciosa, Puella; pero la que más contenta se pondrá es...

—¡Tertia! —sentenció Chloris.

—¡Sí, sí!

—Ignoro las razones que pueda tener para ello —dijo el rey—, pero me agradan sobremanera las buenas voluntades. Haced llamar a Tertia. Por mi parte, me retiro un rato y os concedo el placer de preparar su espíritu.

Tertia apareció en un abrir y cerrar de ojos, alta y esbelta, morena y vivaz, vistiendo una camisa de seda amarilla, con los pies desnudos en sus pantuflas y los cabellos ondulantes.

Con ella, un lenguaje nuevo animó la escena:

—¡Qué caos en este palacio! Y tú, asquerosa niña, ¿qué haces ahí, completamente desnuda? —prorrumpió, dirigiéndose a una sonriente Séptima, que se rió.

—¿Y tú? ¿Por qué no has terminado de peinarte ya, siendo como son las once de la noche?

—Porque a esta hora es cuando todas las chicas están ocupadas metiéndose los diez dedos de las manos entre los pelos del culo, y no hay modo de que se encuentren dos manos con que peinarse los cabellos. ¡Inocente!

—¿Inocente? —bromeó la pequeña.

—¡Cría, que eres una cría! ¿Acaso no ves que a la pobre Chloris el deseo de gozar le provoca retortijones en el vientre y en la boca del coño...? ¡Es vergonzoso, acostarse con una hermosa muchacha y dejarla en semejante estado! ¡Mira sus pezones, tiosos como pichas de perro...! ¿Estás caliente, Chloris mía?

—De la cabeza a los pies.

—Chúpame la lengua. ¿Dónde la quieres?

—Tener en la boca una lengua tan querida como la tuya bastará para hacerme correr...

—¡Infame! Si haces eso...

Con gesto rápido, Tertia se quitó la camisa y no perdió el tiempo en digresiones.

—Tú, encima de mí —dijo—. Espero que no pienses que voy a dejarte tumbada boca arriba, como si fueras una enamorada adormecida...

—En esta postura provocaré verdaderas inundaciones.

—No digas obscenidades. Imita el recato de mi lenguaje y mea todo tu jugo en mi boca.

Duró poco. En seguida una Tertia "inundada" separó su juvenil rostro de entre los muslos de Chloris y, con

expresión de felicidad, ofreció los labios a su hermana pequeña, que los besó.

Entonces Séptima preguntó, en tono irónico y severo:

—Te has burlado de mi inocencia, ¿verdad? A ver si adivinas lo que hacemos aquí.

—Bueno, en realidad... Estamos en una de las cámaras reales. ¿Por qué has venido esta noche aquí?

—Secreto de estado. Chloris, no le digas nada. Nuestra curiosidad es tan grande como la suya, y no le confiaremos nuestros secretos a menos que ella nos haga partícipes de los suyos.

—¿Yo? ¡Pero si no tengo secretos!

—Bien, pues si no los tienes, dílos todos.

Las dos hermanas rompieron a reír.

—En primer lugar —dijo Séptima—, responde a nuestras preguntas. Después te diremos por qué. ¿Cuántas veces has gozado desde esta mañana?

—¡Criatura! Todavía no tienes ni un pelo, ni una gota ahí abajo, y ya quieres saber...

—Eso no es un secreto, acabas de decirlo.

—¡Bien! Da lo mismo... Pero no lo he contado. Aguarda que lo recuerde... Una..., dos..., tres..., cuatro... ¡Cuatro, sí! No es mucho..., y creo que eso es todo.

—Y si te propusiéramos gozar un quinta vez, ¿querrías?

—¿Que si querría? No sabes cómo deseo que me des unas chupaditas, y no te quepa la menor duda de que eso no será óbice para que me haga una pajita antes de dormirme.

Séptima llevó el interrogatorio al límite de lo inquisitorial.

—Cuéntanos cómo te haces las pajas.

—¡Como si no lo supieras!

—¿Conservas todavía el consolador que te hiciste con un guante de piel?

—El primero se desgarró. Pero enseguida me hice otro, más grueso, porque...

—Sobre todo, no digas inconveniencias.

—Porque tengo el agujero del culo más dilatado que el tuyo, microbio.

—Te equivocas, ¡y de qué manera! Me acaban de encolar, ¿sabes?

—¿Quién?

—Un hombre.

—Tertia se quedó muda de asombro. Miró a su dama de honor... Chloris le dirigió un gesto de asentimiento... Entonces, la joven princesa inclinó la cabeza a manera de saludo y preguntó, divertida:

—¿Y por dónde te han encolado?

—Por el mismo sitio por donde van a encolarte a ti también.

—¿A mí? ¿Voy a ser...?

—Enculada, sí. ¡En esta misma cama y ante mis ojos, querida! Sé de qué se trata, no temas nada. Yo te aconsejaré.

Como premio por los consejos que ofrecía, Séptima recibió una bofetada mucho menos recriminatoria que sonora.

—¡La muy ladilla! —exclamó su hermana—. Se burla de mí... Chloris, ¡cuéntamelo todo! ¿Quién es nuestro amante? Estoy segura de que se trata de quien yo imagino.

—Sí.

—¿Sabes a quién me refiero?

—Es él.

Tertia permaneció un instante sumida en un meditativo silencio; luego, medio acostada como estaba, se inclinó sobre el pequeño cuerpo de Séptima y le dijo, con voz alegre:

—Infección de la madre naturaleza, ¿por qué te ríes?

—Porque me has tildado de inocente cuando, aquí, la única virgen que hay eres tú.

—Sí, has conseguido que te desvirgaran el agujero del culo antes que a mí... ¡Eres una cerda!

—Continúa. Me siento orgullosa de escandalizarte. ¿Y qué más te parece que soy?

—Una cría podrida por el vicio, que prefiere hacer de puta antes que gozar.

—¿Y qué más?

—¡ Basta ya! ¡Una chiquilla que caga semen! ¿Acaso debería felicitarte por eso? ¿Qué castigo crees que mereces?

—Tu lengua en el culo.

—¿Dices eso para hacerme lo mismo, para purificar tu boca entre mis virginales nalgas?

—¡Sus virginales nalgas! ¡Pero si a pesar de estar enculandose a sí misma todo el santo día, desde la mañana a la noche, cuenta con que mi lengua la desvirgue!

Mientras tanto, Tertia ya se había puesto en posición. Durante unos instantes, ambas permanecieron jugueteando, y al final Séptima dijo, convencida:

—Mi lengua ha entrado más de prisa que la tuya. No te dolerá que te enculen, ¿verdad?

Muy cerca de ellas, una Chloris silenciosa, a la que no habían visto salir ni regresar, se acercó para sentarse en el borde de la cama y presentar sonriendo el objeto cosido por Tertia.

—¡Mi amante! —se alborozó la jovencita—. ¡Has ido a buscarlo! Pues bien, por las molestias ¡vas a recibirlo como merece! ¡Date la vuelta!

—Otra noche —dijo Chloris—. Va a sonar la hora en que se abra esa puerta. Seamos juiciosas. Arreglaos.

—¿Con qué? ¿Luciendo una camisa de seda amarilla y un consolador en el culo? —preguntó Tertia, batiendo palmas—. Eso le sentará divinamente a mi particular belleza. Dame..., habrá que mojarlo. Pero ¿dónde?

—Lo más mojado que hay ahora mismo aquí es el coño de Chloris —indicó Séptima.

—¡Sí, sí! ¡En su jugo, en su jugo! ¡Venga, separémosle los muslos!

La dama de honor se dejó hacer. A continuación, Tertia se introdujo el instrumento. Era bastante largo y grueso, y en el centro tenía un rodete gracias al cual era posible tenerlo mitad dentro y mitad fuera.

—¿Qué te parece ahora la única virgen que hay aquí? —prorrumpió, dirigiéndose a su hermanita mientras le daba la espalda—. ¿No dices nada?

—Digo que la virginidad es una cosa lamentable.

—Apresurémonos —intervino Chloris—. Primero, la camisa... ¡Y los cabellos! Dejad que os peine. ¿Deseáis una flor de lis en el pelo?

—Sí, como símbolo de candor. ¡Oh, me siento intimidada! Habla por mí, Séptima.

El rey hizo su entrada.

Séptima, tomándose su papel muy en serio, comenzó a hablar de un modo evidentemente provocador:

—Papá, ¿quieres decir quién ha tenido la idea de invitar a Tertia a unirse a nuestro grupo?

—Tú.

—Es que ella no lo sabía, y he querido que lo oyera de tu propia voz para que me demuestre su gratitud con un beso, y no con una bofetada como acaba de hacer.

—Me parece que os besáis de muy buen grado, ¿no?

—La quiero mucho porque es la más virtuosa de mis hermanas. Por eso le hemos puesto una flor de lis en los cabellos. ¡Mira qué bonitos son los ojos de una virgen, papá! La mejor prueba de su virginidad son las orejas, signo evidente de que aún tiene la mala costumbre de masturbarse...

Tertia, un tanto ruborizada y presa de un ataque de risa, se tapó los ojos. La pequeña prosiguió:

—Es tan inocente que, a su edad, todavía se masturbaba sin parar, hasta el extremo de que mediada la noche hay que cambiar las sábanas de su cama. Dices, papá, que la beso de muy buen grado. ¿Sabes por qué? Porque soy muy golosa y en su boca siempre encuentro mil y un sabores del goce de mil y una jovencitas. Y hablo de sabores, de mezcla de sabores, no de perfumes.

—¡Ah! —exclamó el rey, que se mostraba expresamente lacónico en sus réplicas.

—Ahora está turbada, sí, pero debemos perdonárselo. La emoción ha hecho que se distrajera y nos hemos dado cuenta demasiado tarde, mientras le poníamos una flor de lis en el pelo, de que aún llevaba puesto, por error, un consolador en el trasero.

Sin embargo, lo cierto era que Tertia no estaba en absoluto turbada. La presencia del rey la había tranquilizado. Cuando se atrevió a hablar, dijo:

—Simple descuido, papá.

—Pues, para ser un descuido, no está mal.

—Todas las jovencitas tenemos nuestras costumbres íntimas y nuestros principios.

—¿Tú tienes principios?

—Tan sólo uno: no masturbarse nunca sin llevar consolador en el culo. Y esta noche, como el consolador no me molestaba lo más mínimo, he olvidado quitármelo. Eso es todo.

El rey se cruzó de brazos:

—¡Ah, bien! —asintió—. Ahora, veamos: he preguntado a tu hermana sobre aquello que mejor conoce, la moral. Y tú, Tertia, ¿qué es lo que mejor conoces?

—El pudor.

—Dame tres buenas razones para demostrar que ahora mismo estás observando las leyes del pudor, y te dispensaré de hacerte más preguntas.

—¡Sólo tres razones! La primera es que llevo una camisa puesta, lo cual es mucho más conveniente que levantársela de este modo, por encima de los pechos.

—Muy cierto, sí. Además, tu mérito es tanto mayor cuanto que estás mucho más bonita cuando te levantas la camisa, Tertia.

—La segunda es que, en lugar de afeitarme el vello, como hace Prima...

—¿Se rasura?

—Todas las noches. En cambio, yo dejo que los míos crezcan..., ¿a que tengo un hermoso matorral?..., y así disimulo mis partes vergonzosas. Tercera prueba de mi pudor: no he dicho que estos pelos sirvan para disimular un coño. Cuarta...

—¡Eso es más de lo que he pedido!

—Cuarta prueba: aunque tengo unas ganas locas de que me enculen, me pongo un consolador para, de este modo, poder tener más garantías de permanecer virgen del culo.

Y mientras hablaba, Tertia se quitó la camisa y mostró su joven grupa con el falo insertado en el centro.

—¡Ángel de pudor! —exclamó Séptima.

—Eso mismo iba a decir yo —asintió el rey—. Ahora, puesto que ha respondido tan bien, ¿que se quite ese objeto superfluo, pues ha sonado la hora de concederle aquello que tan locamente ansia conseguir!

Llegado este punto, Chloris, que durante todo el desarrollo del anterior diálogo se había mantenido al margen, se adelantó.

—Como oficiante que soy, si así le place a Vuestra Majestad, quiero manifestar que la posición de rodillas no es la más indicada para un desvirgamiento tan fácil como el de Tertia, aunque no es menos cierto que así Su Alteza podrá mostrar las pruebas de su virginidad.

—¿Por pudor? —inquirió Séptima.

—¡Evidentemente! —soltó Tertia—. Cuando una jovencita presenta sus virgos como lo hacen las perritas, baja la mirada, oculta el rostro... Por otra parte, mi sentido del pudor es muy particular: se me sonroja más el coño que las mejillas. Así pues, ¿no es tan sencillo mostrar mi pudor allí donde se manifiesta!

—Tiene toda la razón —dijo el rey—. Nada que objetar al respecto. No cabe la menor duda de que esta niña es hija mía: reconozco en su inteligencia la exactitud de mis deducciones.

Séptima, que se estaba poniendo roja, esperó a que Tertia se hallara en posición y dijo, en tono solemne:

—Chloris y yo juramos que Tertia es virgen. Si no lo manifestáramos así, nadie lo creería.

Profundamente contrariada, Tertia profirió:

—¡Maldita boñiga de dromedaria!

Y, coincidiendo con la última sílaba, Séptima recibió de nuevo una bofetada.

—Le faltas al respeto a Su Majestad —protestó con parsimonia.

—Eres tú quien le falta al respeto atribuyéndote la facultad de certificar mi virtud. ¡Como si yo necesitara eso...! Escucha, papá, seguro que tú lo sabes. ¿Es verdad o no que las muchachas, mientras más hacen el amor menos se masturban, y que, mientras más se masturban más virtuosas son?

—Así lo creo.

—Pues yo, que no he dejado de acrecentar mis virtudes, me masturbo de todas las formas imaginables. Un dedo en el clítoris y un consolador en el culo no siempre son suficientes para mis aspiraciones... Me he metido los dedos en el coño tantas veces que mi virgo ya no es un obstáculo para ellos. Y ahora, te pregunto: ¿para qué me ha servido a mí, el virgo? Una virgen no lo necesita en absoluto. Porque, digo yo: si el modelo de un pintor carece de modelado, ¿es lógico que una virgen deba tener virgo?

—Completamente loca —suspiró la pequeña.

—¡En absoluto! —dijo el rey—. Su razonamiento es tan bueno, que no encuentro ningún argumento para contradecirla.

—Con o sin virgo —concluyó Séptima—, sigue siendo mucho más acertado enularla que contradecirla.

La última frase de Séptima no suscitó la menor protesta. Chloris dispensó de buen grado su saliva en una y otra parte, a la manera de ofrenda necesaria y suficiente, y acto seguido la jovencita se tendió sobre un costado, elevó al cielo su mirada lánguida en cuanto sintió que la penetraba una cosa de textura muy distinta a la de su instrumento de cuero, y, por fin, mientras su dedo se agitaba por delante y sus "virginales nalgas" hacían lo propio detrás, se vio sacudida por un violento espasmo que a su vez provocó el del rey.

Al día siguiente, por la noche, se decidió que la elegida fuera Prima. Entonces Chloris manifestó que su presencia sería inútil, no se sabe si porque creía que los dieciocho años de la princesa no necesitaban el consejo de nadie, o quizá porque temía mostrarse desnuda junto a una belleza tan perfecta.

Así pues, Prima se presentó sola y sin turbación aparente, ataviada con un sucinto vestido desprovisto de corchetes, aunque sujeto holgadamente a su talle con un cinturón.

Era alta, tan morena como sus hermanas, y todo en ella tenía formas admirables: el contorno de su rostro, las líneas de los ojos y de la boca, la elegancia del cuello, la proporción del torso y de las piernas.

Aleccionada sobre aquello que le aguardaba, se acercó al rey con lentitud, lo besó en la frente y, acto seguido, se sentó sonriente en sus rodillas.

El rey se sintió tan conmovido que olvidó lo que tenía previsto decir. Por fortuna, la sistematización de

sus cuestionarios acudió en su ayuda para sacarle del apuro.

—A tus hermanas les he preguntado sobre aquello que mejor conocían. Una me ha respondido muy bien acerca del pudor, y la otra acerca de la moral. ¿Y tú? ¿Qué es lo que mejor conoces?

Prima le rodeó el cuello con los brazos y le susurró al oído:

—Esta noche, lo que mejor conozco es el modo de excitarte.

—¿Es eso una ciencia?

—Conseguir que se ponga tiesa una picha sin tocarla es todo un arte. Es un arte de cuya experiencia carezco, pero cuyos secretos conozco a la perfección. Es, en suma, el Arte del Amor.

—Demuéstramelo.

—Tengo toda la noche.

—¿Cuántos secretos hay en el amor?

—Conozco un millar de ellos, e inventaré muchos más. Claro que los secretos de amor no se dicen en ningún otro lugar que no sea la cama...

El rey empezaba a comprender que la mayor de sus doce hijas era demasiado lista para él. Prima se percató de sus pensamientos y, sabiendo que una enamorada no debe intimidar a aquel a quien desea seducir, se acostó sobre la colcha, atrajo al rey y, en un abrir y cerrar de ojos, se desvistió sin apenas dejar entrever

sus encantos, pues se tendió sobre él, cuerpo contra cuerpo, mostrando tan sólo sus pechos pero haciéndole sentir todo lo demás.

—Prima, eres demasiado hermosa —afirmó el rey—. No podré permanecer durante mucho tiempo en el estado al que me has llevado.

—No temas nada. El primer secreto del amor es conseguir estar excitado. El segundo es conseguir dejar de estarlo.

—Eso me parece más prudente.

—No, no, me siento segura de mí. Me amas ya lo suficiente como para dejar de mi cuenta la dosificación de tu placer. Acabas de decirme que soy demasiado hermosa, aunque apenas si has visto mi rostro. Pues bien, será eso lo primero que vas a desvirgar: mi rostro.

—¿Cómo has podido adivinar mi pensamiento?

—No lo pensabas. He sido yo quien te ha hecho pensar en eso antes de decírtelo. Se trata de otro secreto... Esta boca mía, que te habla, desea que la desvirgues. ¿Consientes en ello?

—Con urgencia y del modo que mejor te plazca.

—Si yo fuera hombre, desearía empalmarme más abajo del vientre de una muchacha que ofrece su boca de virgen antes incluso de mostrar sus demás virginidades. Creo que le diría: "He aquí dos labios hechos para chupar una picha".

—¡Oh! ¡Esto es demasiado!

—¿Qué opinión te merece mi lengua, entre mis dos labios?

—No sé qué hacer con ella... Prima, ¿has jurado martirizarme?

—Por el momento no sabes qué hacer, ya lo sé. Más adelante será ella la que te lo pida. Ahora basta con mis labios, con mi boca, que te chupará con toda el alma porque está segura de que, al final, tendrá su recompensa: la leche que tanto ansia.

Dejando de torturar al rey con las tentaciones y la impaciencia, la joven princesa se deslizó a los pies de la cama, tomó entre sus labios el miembro real..., y su espera fue tan corta como larga había sido la de su padre. Luego, inmóvil y como ensimismada, bebió todo cuanto manó, antes de abrir los ojos y sonreír con ternura.

Transcurrió una media hora sin que al rey se le ocurriera retirarse a una estancia contigua, como había hecho la noche anterior. Charlaba con Prima, que parecía entregada a su indolencia, aunque cambió el tomo del diálogo a su antojo cuando consideró llegado el momento de hacerlo. En efecto, habiéndole preguntado el rey por qué permanecía acostada sobre su vientre, ella respondió con mirada impúdica y frente altiva:

—Estoy acostada sobre el coño.

—¿Por qué?

—Es otro de los secretos: mostrarse desnuda, pero no dejar ver el coño.

—Pues también me gustaría comprender ese secreto. Tú que tienes tan hermosa boca...

—¿Y si tuviese el coño más hermoso aún, quizás, que mi hermosa boca? ¿De qué le sirve a una muchacha enamorada toda la belleza del cuerpo si no está dotada, por encima de todo, de la belleza del coño? ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—Creo que...

—Escucha. Tengo cinco coños. El primero es mi boca, que esta noche quiere atiborrarse de leche. El segundo está muy poblado de pelo, bajo mi brazo derecho; mira: hoy no te lo ofreceré, como tampoco el tercero, éste que tengo en la axila izquierda, aunque conozco la manera de convertirlos en tan suaves como mi boca. El cuarto coño se halla entre mis nalgas. ¿Lo verás esta noche? Tal vez sí, tal vez no. Y el quinto es aquel sobre el que ahora estoy acostada.

Prima se tendió de nuevo sobre el cuerpo del rey y, en esta ocasión, le hizo sentir aquello de lo que hablaba. El resultado que esperaba se produjo antes incluso de lo que le mismo rey podía imaginar.

—Me dijeron que te afeitabas. ¿Por qué motivo?

—Por el mismo que acabo de decirte. Si no tuviera un coño hermoso, no lo afeitaría. La belleza se muestra siempre desnuda.

—¡Pues tú ésa no la muestras!

—La belleza se muestra a quien la ama. Tu picha la toca y se empalma entre sus labios, ¿no? Pues que tu rostro haga otro tanto y también él la verá.

—No sé a qué te refieres. Sólo sé que me pones fuera de mí con tantos toqueteos, tanta contención y tanto deseo exacerbado.

—No me prometas nada. No necesito promesas. Mi capricho es no enseñar el coño sin que éste reciba un beso. Si tú encuentras mi coño lo bastante hermoso como para acordarte de mi capricho, entonces sabré si me amas.

Acercándose a las almohadas, Prima se puso de rodillas apretando las piernas. Apenas si podía verse aquello que pretendía mostrar y, sin embargo, aquella parecía ser en efecto la más perfecta de sus formas. Aguardó a que el rey manifestar impaciencia por ver lo que ella todavía ocultaba. Por fin, con la cabeza vuelta hacia la cabecera de la cama, se arrodilló justo encima del real rostro con las piernas abiertas. Acto seguido, se agachó ligeramente y vio satisfecho el capricho del que ya no hablaba. Pero el rey dijo en seguida:

—¡No me tientes más! Sería una locura...

—¿El qué? ¿Desgarrarme el virgo del coño? ¿Y cómo podrías haber elegido ése si todavía no te he mostrado el otro?

—Esta muchacha acabará haciéndome perder el sentido, con su belleza, su lujuria, su reserva y su actitud

desafiante. ¿Acaso no te basta la satisfacción de verme reducido a no atreverme más que a lo que tú me...?

—Atrévete a todo cuanto te plazca atreverte. Mis órdenes tienen una sola justificación: que adivino tus deseos antes de que tú los sientas. ¿Verdad que ya te he hablado de mi otro virgo? ¡Pues búscalos! Mete la mano entre mis muslos. ¿Lo notas?

—No sé lo que noto... Pierdo la cabeza...

Prima se zafó de la mano que la tocaba y, tendiéndose junto al rey, musitó:

—¿Notas mis pelos?

—Pero si te rasuras.

—No ahí. Ni tampoco las axilas. Mira, si no, este mechón negro que me llega casi hasta el pezón del pecho. Dime, ¿qué piensas tú que me afeito? ¿El coño y el pubis? Pues me afeito también el vientre, hasta el ombligo. En cambio, por debajo del coño está todo intacto.

—¡Eres una diablesa!

—Sí. Tengo tanto pelo por detrás como la mayoría de las chicas por delante, y, desde que me afeito la vulva, se diría que ésta ha cambiado de lugar. A mis hermanas les gusta. Según ellas, yo tengo una boca donde ellas tienen el coño, y un coño entre las nalgas. ¿Acaso no sabes que soy su sultana y que vivo en un harén donde basta una palabra mía para que se rindan?

—¿Quiénes?

—Todas. La que más me plazca, según el capricho de mis fantasías. ¿Quieres saber quiénes son mis preferidas? Te lo diré después. Pero a todas, incluso a la más pequeña, que tiene siete años, le encanta meterme la lengua en la boca del vientre o en el coño del culo. No hay nada que no fueran capaces de hacer para conseguirlo, y la verdad es que me satisface mucho tentarlas.

—Eres una verdadera maestra en eso de tentar a quienes te aman.

—A mis tres hermanas más jóvenes no las amo, pero, como a las jovencitas les gusta sobre todo lo que es salado, es a ellas a quienes concedo, cuando demuestran ser lo suficientemente habilidosas, el derecho de hundirme la lengua en el trasero. Mi verdadero coño se lo doy a la lengua de mi favorita, y cada noche ambas dudamos entre qué es más grato, si para mí gozar de ella, o para ella saborear entre mis muslos el néctar que consigue extraer de mi cuerpo.

—¡Calla!

—¿Qué puede ser más agradable al paladar de una virgen que beber el néctar destilado por otra virgen? Por curiosidad, he querido probar el de todas mis hermanas la misma noche en que alcanzaban la pubertad. Tan pronto como alguna de ellas venía a decirme, alborozada: "Prima, ¡me corro!", yo le regalaba mi boca con fruición. Pero hoy, contigo, he probado la leche de

hombre. ¿Por qué me llamas reservada? Deseo seguir bebiéndola, y deseo dar la mía.

—¡Prima!

—¿Por qué dices que me contengo, si acabo de revelarte todos mis gustos, y ahora voy a mostrarte todos mis secretos? No tengo nada que ocultar. Mira.

Y, como si hiciera el gesto más natural del mundo, se puso a horcajadas sobre la cara del rey, dándole la espalda y abriendo al mismo tiempo sus nalgas peludas y su vulva recién rasurada. Acto seguido, sin esperar lo que tenía la seguridad de conseguir, dibujó con la punta de la lengua un minucioso arabesco alrededor del órgano viril.

Hacía mucho tiempo que el rey no había concedido a nadie el favor de la caricia que las jovencitas se hacen unas a otras, y en consecuencia carecía de inclinación natural para ello. Pero, hallándose "fuera de mí", como él mismo había dicho, no supo lo que hacía..., y a pesar de todo lo hizo.

Por su parte, el cuerpo de Prima comenzó a arquearse espasmódicamente y a ser presa de un irreprimible desenfreno. Ella, que nunca decía una palabra cuando sus hermanas le rendían aquella clase de homenaje, esta vez sintió que no sólo debía hablar, sino incluso exagerar sus sensaciones mediante temblores y frases.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —exclamó, con un hilo de voz—. ¡Oh! ¡Deseo correrme!

Apoyándose en los brazos, tensos como pilares, levantó la cabeza y curvó la grupa, abierta en toda su redondez.

—¡Mira qué excitada estoy! ¿Lo ves bien? ¡Por eso me rasuro! Cuando me lanzo, mi dardo se pone tan tieso y tan rojo que mis once hermanas se pelean por ver la picha empalmada de Prima... Sabía que esta noche me tomarías... ¡Por eso no he gozado en todo el día!...

Había gozado por tercera vez desde la mañana a las cinco de la tarde, pero su decisión de fingir un apasionamiento absoluto le hizo explicar:

—Cuando he gozado y estoy tan extremadamente excitada como ahora, digo cosas que no quisiera decir... ¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Me mojo por ti! ¡Tengo empalmados hasta los pezones! ¡Sé que me encularas dentro de un instante, y lo deseo!... ¡Ah, si ahora me metieras el dedo en el culo!... ¡Sí, así! ¡Húndelo más!... ¡Me vuelves loca! Mi vientre está repleto de un néctar que pugna por salir, salir... Te devolveré más leche de la que tú me has dado a beber... Lo noto... Voy... Voy... ¡Oh, me corro! ¡Toma, gozo, me fundo! ¡Ah, toma, toma!

Gozaba sinceramente, pero por cuarta vez desde que se había despertado. Y para que no se notara que su voluntad física no llegaba a la abundancia de sus palabras, de pronto tomó en su boca en miembro del

rey, como si sintiera la irresistible necesidad de hacerlo...

Hasta encontró valor para decir, en cuanto pudo abrir de nuevo los labios:

—¡Oh, qué bueno es! ¡Vuelvo a gozar! ¡Nunca imaginé que una virgen pudiera sentir esto cuando bebe leche de hombre mientras ella, a su vez, se corre!

Y para dar respuesta a todo, incluso al pensamiento, musitó al oído del rey:

—Puesto que lo sabes ya, voy a repetírtelo: me moría de ganas de ser enculada, pero cuando he gozado..., entonces no he podido contener mi boca.

El diálogo que sigue fue dirigido por Prima, al igual que el anterior, al dictado de su fantasía.

Quiso la muchacha reavivar la curiosidad del rey sobre aquello que ella llamaba su harén: sus hermanas. Mientras más preferencia sentía por sus hermanas mayores, más intrigaba para despertar el deseo de las menores. El rey ya había sido informado de que Puella era la más viciosa. Ahora, Prima se apresuró a ennoblecer al personaje.

—¿Puella? ¡Oh, sí! —dijo—. Tan sólo tiene nueve años, pero para algunas cosas muy bien podríamos darle matrícula de honor.

—¿Para algunas cosas?

—Me ama con locura —prosiguió Prima, sin contestar—. No tengo que pedirle lo que deseo, basta con que se lo permita. Y, sin embargo, casi siempre le prohibo hacer lo que me propone.

—¿Y qué te propone?

—Aquello que las demás no hacemos, por audaces o enamoradas que nos sintamos. Puella es una personita realmente singular. Tiene todos los vicios, incluidos los que yo no tengo, pero es tan amable que se le perdonan sin el menor esfuerzo.

—Vayamos al grano. ¿Por qué razón todas le daríais matrícula de honor?

—Por algo que no se puede decir.

—Estoy bien informado.

—¿Quieres saberlo todo?

—Y verlo. Ya que te tiene tanto afecto, ¿quieres ir tú en su busca?

—¿Eso deseas? Pues voy enseguida.

—Así tal vez pueda comprender lo que no puedes decirme.

—Así podrás llegar a comprender, sobre todo, que ni yo ni ellas te ocultamos nada.

Momentos después volvió a aparecer Prima. Con una mano sujetaba a su hermana pequeña, que vestía una camisa de dormir, y con la otra una caja que depositó encima de un mueble.

—Puella —dijo—, como te he prometido se te perdonará todo, excepto la mentira. Contesta: ¿qué es una muchachita?

—Una pobre guarrita que lo hace todo, pero que no goza con nada.

—¿Qué es una joven?

—Una ex pobre guarrita que no hace nada, pero que goza con todo.

—¡Muy bien contestado! —se admiró el rey—. Me gusta que mis hijas hagan gala de semejante claridad de ideas.

En cambio, a la hermana mayor le pareció que había demasiada franqueza en aquellas primeras respuestas, y dirigió a la pequeña una mirada que ésta comprendió, antes de preguntarle:

—¿Quién es Prima?

—La chica más hermosa del mundo.

—¿Y Puella?

—Confío que sea la más guarra de todas las guarritas... Y si hubiera otra como ella, querría saber qué es capaz de inventar.

—Estas definiciones me gustan —concluyó el rey—, porque no trastornan en absoluto mis opiniones preestablecidas.

Sin trastorno ni vergüenza, Puella abrió su camisa y la dejó caer a los pies de su pequeño cuerpo, delgado y tembloroso, en el que destacaba un bonito rostro. Acto seguido fue a refugiarse entre las tetas de Prima, que se había vuelto a acostar.

—¡Tengo calor, estoy sudada y acabo de gozar! —dijo la muchacha—. ¿Dónde deseas expresarme tu amor?

—Primero, bajo tus brazos.

—¿Y qué quieres hacer bajo mis brazos?

—Chuparte los pelos. Su olor es aún más fuerte que el de tu néctar.

Haciendo morritos, hundió la cabeza bajo la axila que Prima le ofrecía, y luego bajó la otra.

—¿Sólo hay dos? —preguntó.

—¿Y cuántas bocas tengo?

—También dos. Dos muy parecidas. Papá —dijo, volviéndose—, ¿por qué Prima, completamente desnuda, tiene húmedas de néctar sus dos bocas? ¿Y por qué no tiene cono?... Quiero decir: ¿por qué tiene saliva en sus dos conos y por qué no tiene boca?

—¡Chupa y calla! —exclamó Prima con vehemencia, mientras levantaba los muslos.

Pero los bajó de nuevo y los apretó en cuanto la pequeña, después de haberle lamido el sexo como un gato lame un plato, llevó su lengua más abajo.

Entonces Puella levantó la cabeza, se puso en cuclillas sobre sus talones y, viendo que le negaban eso, pidió otra cosa.

—¿Acaso la chica más hermosa del mundo tiene necesidad de mear? —preguntó—. Lo he notado en la punta de la lengua.

—Habla mejor. Di lo que piensas.

—Una guarrita siente deseos de que mees, y de recibir la última gota en la punta de su lengua. Eso es lo que quería decir.

—No, no querías decir tanto. Escucha, Puella: cuéntanos todo lo que haces cuando sientes deseos de que una de tus hermanas mee. Y pon atención, porque si no lo dices todo,

no haré nada de lo que deseas que haga. Si eres sincera te..., te chuparé por vez primera desde tu cumpleaños.

—¿De verdad?

Enrojecida y todavía en cuclillas, con los dedos crispados sobre las rodillas, la pequeña se enardecó súbitamente:

—Para empezar, todo el mundo sabe que soy la más guarra. No tengo por qué ocultarlo. Lo llevo reflejado en la cara y hasta entre las patas. ¿Cómo, si no, podría tener el cono tan rojo a mi edad...?

—No digas que tienes un coño.

—Es verdad, estamos hechas extrañamente. Tú, por ejemplo, tienes dos bocas y un agujero del culo. Y yo, en cambio, tengo dos agujeros del culo y una boca. Había una vez dos princesas que no tenían coño, ni una ni otra...

Prima rompió a reír y la besó.

—Por lo tanto —prosiguió la pequeña, animada por el éxito—, Prima mea por la boca, yo por el agujero del culo, y mis hermanas por el coño. Es un espectáculo variado. Tal vez sea eso lo que me excita.

—Y otra cosa.

—Y otra cosa que Prima conoce mejor que yo.

—No te hagas más viciosa de lo que ya eres. Confiesa que las doce nos masturbábamos ya en la cuna, mucho antes de poder gozar.

—Sí. Eso estira el clítoris y facilita las chupadas, pero también pone caliente, sobre todo cuando se es bebé. Las chiquitas que se corren dejan el dedo tranquilo de

vez en cuando. ¡Pero nosotras! No hay motivo para que se acabe nunca...

—Y así es como se masturba, con un dedo delante y otro en el trasero.

—Me pica en los dos sitios.

—¿Decías?

—Decía que las jovencitas a las que les pica delante y detrás, se mean encima y, según dicen, gozan. Por la mañana, antes de bañarme, me meto en la bañera vacía y... Mientras más me lo hacen, más contenta me pongo... Tan contenta que...

—¿Y bien?

—Cuando son mis hermanas mayores, les chupo los pelos del coño. Como es la hora en que acaban de gozar, sus pelos están impregnados de néctar y de pipí. Sabe bien.

—Dilo todo.

—Cuando las mayores tienen la regla es aún mejor. Una no sabe lo que se traga, pero deja de tener sed.

—¡Venga, la última confesión! ¡Decídetes!

Puella apoyó ambas manos en los hombros de su hermana y, entre risas, respondió a voz en grito:

—¿Lo quieres así? ¿Quieres que diga que te has meado en mi boca? ¡Pues no lo diré! ¡No, nunca lo diré!

Esta manera de no decirlo recibió tan buena acogida que disipó las sombras de la confesión.

Divertida, Prima la besó en los labios y continuó diciendo:

—¿Tampoco podrán decir que te has desvirgado con tus propias manos, como Tertia?

—No. No merece la pena decirlo. Es algo que se ve.

—¿Ni siquiera que eres virgen?

—¡Oh, sí! ¡Digámoslo enseguida! ¡Eso no se ve en absoluto!

—¡Qué pequeña más graciosa! —exclamó el rey, divertido—. Ahora me doy cuenta de que no conocía a mis hijas. A ésta, de buen grado podría perdonársele más de lo que acaba de confesar.

En el mismo tono alegre, Prima le dijo a la niña:

—Confesarás lo demás más tarde. ¿Por qué te ríes?

—Porque no suponía que fueras tan viciosa.

—¿Yo?

—¿Dónde metes tu lengua?

—En tu boca.

—¡Qué desagradable! La metes en la boca que..., aunque, en fin, es mejor callar..., cuando tengo ahí un culito virginal...

—¿Qué es más casto que tu boca? ¡Ni que lo digas! Con todo, ¡sabrá Dios lo que habrá hecho tu culito virginal! Vuélvete: recibirás lo que te he prometido... Más tarde hablaremos de tu culito.

Prima cumplió con la lengua su promesa, lo que llevó a la pequeña a la cima de la beatitud. Cuando hubo terminado, dijo:

—¡No te muevas! Eres excelsa haciendo el sesenta y nueve... Muéstranos...

—Mis dos agujeros del culo, como tú dices.

—¡No te muevas!

—¿Acaso vas a fotografiarlos?

Son contestar, Prima susurró al oído del rey:

—Chloris no quiso explicarte el modo cómo nos ha preparado... para lo que ya sabes. No la castigues por ello... Siguió el procedimiento más sencillo: enclarnos personalmente con un consolador que siempre tenía guardado bajo llave por miedo a que lo usáramos por delante. Le habíamos tomado gusto, y Tertia lo echaba tanto de menos que incluso se hizo uno con un guante de piel. Pero, de las pequeñas, Puella es la única que quiso ser enclada.

—¿Por quién?

—Por mí. Bajo la supervisión de Chloris. Ahora el consolador está aquí. Ya verás lo contenta que se pone la pequeña.

El rey propuso todo lo contrario y, acodándose sobre la almohada, replicó:

—¿Y por qué no te devuelve ella lo que tú le has dado?

—Si así lo quieres —accedió Prima, sorprendida—. Pero, en tal caso, es preciso que se lo conceda yo.

A continuación se levantó, llevó a su hermana a un rincón de la real cámara y le habló en voz baja durante mucho rato. Sin duda, le estaba dando instrucciones

precisas. La pequeña brincaba de alegría. Al final, ésta se ciñó el objeto lo mejor que pudo. Hubo que recurrir a un imperdible para ajustar la cinta verde de la cintura, que era demasiado larga. Acto seguido, ambas hermanas se acercaron de nuevo a la cama y Puella dijo, en tono autoritario:

—Señorita, no le oculto que su presencia hace que me empalme.

—¿Sabe usted con quién habla, señor?

—Me importa tanto como un pelo de mis cojones, señorita. Es usted demasiado hermosa para andar por ahí completamente desnuda. Así que, si me ve usted en semejante estado, la culpa es sólo suya. ¡Y no saldré de aquí sin habérsela metido media docena de veces!

—Pero, señor, ¡soy virgen!

—Tanto mejor para mí.

—Su ignorancia de las costumbres mundanas debe de ser muy grande para que se comporte usted así con una joven...

—¡Ah, señorita! Debe saber que hay tres clases de jóvenes: las desenfundadas, a las que uno jode; las inocentes, que le chupan a uno; y las virtuosas, a las que uno da por el culo.

—Pues yo soy profundamente virtuosa.

—Entonces será usted profundamente dada por el culo. No tema por su honor. Eso no le impedirá encontrar marido.

—Ni entiendo nada de lo que me dice, señor, ni puedo seguir viendo por más tiempo la obscenidad que usted exhibe ante mis ojos. Así que le vuelvo la espalda y me tapo la cara.

Dicho esto, Prima se puso a cuatro patas sobre la cama, con la cabeza hundida en la almohada. Puella, por supuesto, no decía nada. En consecuencia, la joven prosiguió diciendo, en tono de religiosa languidez:

—¿Qué siento? ¿Un beso en el agujero del culo? ¿Qué digo un beso? ¡Un chupón! ¡Mire la rojez que me debe de haber hecho!

—¡Sensacional chupón!

—¡Cállese! ¡Demasiado que lo he notado!... ¡Oh, esa lengua!

—¿No le gusta?

—Yo no he dicho eso. Pero temo que no sea muy adecuada.

—Eso se verá mañana. Abra bien las nalgas.

—Sí, sí. ¿No pensará usted mal de mí, ¿verdad? ¿Sinceramente?

—Sinceramente, no me sorprende lo más mínimo.

—Me turba usted. No conozco nada de todo esto..., ni siquiera las palabras..., pero usted me chupa el culo como si yo fuera una bollera.

—Puesto que no conoce las palabras, ¿quiere que se las enseñe?

—No. Prefiero seguir siendo inocente. Chúpeme usted el agujero del culo sin que tenga que pedírselo y déjese de historias... No le veo..., le perdona... ¡Ah, qué puta lengüecita! ¡Hasta dónde me está enculando! Es indecente.

—¿Y en qué siente usted que es indecente?

—¡En que me excita! Pero ¡caliese de una vez! Cuando una joven virtuosa tiene una lengua en el trasero, lo que menos le gusta es que se la retiren para preguntarle lo que siente...

—¿No es adecuado?

—Ni me atrevo a responder.

—¿Y qué siente, señorita?

—Desconozco las palabras con que explicarlo.

—¿Turbación? ¿Confusión?

—Siento... la exaltación indefinible de una virgen rebosante de néctar, que querría le clavaran una picha en el trasero y que no sabe cómo decirlo para que la entiendan.

—¡No lo diga! Casi lo he adivinado.

—¡Quiero una polla en el agujero del culo! ¿Es bastante claro?

—Explíquemelo un poco mejor y lo entenderé.

—Eso ya es exigir demasiado a mi pudor. Ni mis gestos ni mis palabras conseguirán ruborizarme más. Prefiero agarrar esa picha y encularme por mí misma, antes que desvelarle mis secretos deseos. ¡Ya la tengo! Inclínese sobre mí.

—¿He puesto bastante crema en la punta de mi polla?

—Para mí, suficiente. Déjeme hacer, le guiaré. Está usted justo frente al agujero... Empuje... ¡Ah, ya está dentro! ¿Qué tengo?

—Tan sólo una picha en el culo, señorita. Tranquilícese. No es nada malo.

Prima volvió la cabeza y, con una voz cada vez más amorosa, como si quisiera desmentir el significado de las palabras que decía, suspiró:

—¡Me viola usted!

—Iba a decirlo.

—La brutalidad de los hombres es feroz. ¿No le da vergüenza, señor? Abusa usted de mi debilidad. Me pervierte usted.

—No. Es más, incluso voy a darle un consejo útil: cuando la violaba por el agujero del culo debería haber gritado usted que le dolía.

—Yo no sé mentir, soy pura. Además, usted no me ha hecho daño en absoluto.

—Empiezo a preguntarme si he sido el primero.

—El primero esta noche, ¡se lo juro!

—Siempre lo mismo.

—Tengo un temperamento soñador y, cuando no tengo una picha en el trasero, siento que me falta algo.

—¡Ah, las jóvenes virtuosas! —exclamó Puella—. ¡No pueden masturbarse como las demás! ¡Hay que encularlas siempre!

Una vez concluida la escena, Puella se despojó de su papel antes que de su consolador. Se lanzó a los brazos de "la chica más hermosa del mundo" y le dijo, con ternura:

—¿Quién es la jovencita más feliz del mundo?

—No tengo ni idea. ¿Acaso la conoces? ¿Por qué es tan feliz? ¿Quién es?

—Una sucia cría que tiene una picha como un hombre y que acaba de encolar a Prima.

—¿Le gustó?

—¡Oh! ¡Nunca me había excitado tanto! ¿Te ha satisfecho?

—Bastante.

—¿Y no te la he metido torcida?

—No. Rectísima, lo mismo que la lengua.

—Chúpala.

—¡Toma!... Ahora ve al tocador y lávate. Volverás cuando te llame.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Prima acogió al rey en su seno. La consigna que había precipitado la escena anterior casi le había hecho presentir la siguiente. Dejó de ofrecer a su hermana y aceptó con la mirada teñida de resignación lo que le esperaba; pero le producía placer hacerse desear. Tan pronto como el estado del rey le permitió confiarse, habló en lugar de agradar; se lanzó a la seducción; y, de acuerdo con su carácter de mujer, respondió a los distintos pesameños que nacían en ella, sólo en ella.

—Puella no lo ha dicho todo. No ha confesado el pero de sus vicios, aunque tú ya lo habrás adivinado...

—No caigo.

—¿No? Pues yo, ¡cómo lo he sentido! ¡Si supieras hasta dónde ha metido la lengua!

—Eres hermosa.

—¿Y dónde busca ella mi belleza? No le bastan ni la boca ni el coño de su hermana. Mi saliva y mi néctar son demasiado insípidos para ella. Incluso bebe el sudor de mis axilas... ¿Has visto cómo restriega sus labios? Pero lo que su lengua prefiere es el agujero de mi culo.

—Son tus besos. Acaba de decirlo.

—Mis besos después, cuando se lo concedo. Pero ¿cómo iba a besarla después de lo que me ha hecho? Por la mañana, me sigue, me mira, me... ¡Permíteme decirlo!

—¡No!

—Escucha, espera a que la llame. Encúlala encima de mí. Goza en su culito. ¡Le gustará tanto!

—Sólo siento amor por ti.

—¿Y qué? Deja que por lo menos ella tenga su parte. Ahora mismo, ya te diré cómo.

Manteniendo su posición, Prima levantó los muslos y no le resultó difícil hacerse tomar por debajo, sin dejar de tener al rey cara a cara. A continuación, y durante un minuto, olvidó todo lo demás, se concentró en su carne.

—¡Oh! —suspiró—. ¿Sabes que es la primera vez?

—Eso espero.

—Y siento que es como nunca hubiera imaginado. Ante ti soy más sabia de lo que era. Está más caliente de lo que pensaba.

Sin embargo, pronto se cansó y, suponiendo que en este tercer acto el rey tardaría más en llegar a la conclusión, se apresuró a sacar ventaja del estado de excitación en que éste se hallaba para hacerle oír, parsimoniosamente:

—Si Puella estuviera aquí, sería tan feliz como yo. Ella me ama por donde tú me tomas; no sentiría celos. ¡Al contrario! Todo sería para ella después de haber sido para mí...

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, como todavía no goza del amor, está ávida de él. Ama todo cuanto sale de mi culo. Cuando tú y yo nos separemos, ella te lamerá la picha y querrá

recibir en su boca toda la leche tuya que yo haya recibido... ¿Tal vez prefieres que lo tenga todo al mismo tiempo, esa pobre pequeña que aguarda impaciente?... Voy a llamarla. ¡Puella!

Antes de que el rey hubiera podido negarse, Puella entró en la cámara real... y no pareció sorprenderse lo más mínimo de lo que vieron sus ojos.

—¡Chic! —se limitó a exclamar en un susurro.

A una señal de su hermana, saltó al centro de la cama. El cambio fue tan rápido que el rey apenas si lo percibió. Puella tomó lo que se le ofrecía con la misma naturalidad que si hubiera sido un pastelito.

Por su parte, Prima, más nerviosa, se ciñó el consolador, le puso crema y dijo a la pequeña:

—¡Toma! Voy a devolverte lo que me has dado.

Puella resistió el embate lo mejor que pudo, aunque con no pocos esfuerzos porque, casi en el mismo instante, recibió en la boca la única maravilla del amor que ella desconocía. Y sus dos emociones se contrapusieron una a otra.

De las dos hermanas, la que se mostró más inquieta al término de esta larga escena fue Prima.

Puella, mientras la seguía a lo largo de la galería por la que avanzaba a paso vivo, hizo en voz alta una especie de examen de conciencia:

—¡Qué confusión, si el capellán estuviese allí! Esta noche he enculado a mi hermana, mi hermana me ha enculado, le he chupado la picha a mi padre, me he tragado a mi hermanito...

—Y también otra cosa que no te atreves a decirme.

—Porque todavía tengo un poco en la boca. Pero ¿a qué se parece la leche de hombre? ¿Lo sabes?

—Mañana hablaremos. Acuéstate, querida. Voy a encerrarte.

Ya sola, Prima siguió su camino. Ahora corría a paso de lobo, en dirección a la estancia de su hermana favorita, cuyo nombre no había querido decirle al rey.

A estas horas de la noche los quince años de Quarta dormían tan profundamente que la brusquedad de la puerta al abrirse no turbó su sueño, ni le hizo cambiar de postura.

En verano, Quarta dormía encima de la cama, no dentro. Desnuda como una joven Venus de Tiziano, su mano permanecía siempre entre sus muslos.

Tan pronto como su hermana hubo murmurado la primera palabra, abrió sus grandes ojos y dijo:

—¡Oh, qué gentil eres! ¡Ya no te esperaba, Prima mía! Pero ¿por qué estás tan roja? Ven aquí, encima de mí.

—Debajo de ti.

—¿Tienes deseos de gozar, amor mío? ¡Espera un poco! ¡Yo también!...

—¡Ah, no tantas como yo! Mira el coño que tan primorosamente rasuro para que te restriegues en él. ¡Mira cuánto te ama! Si frotas tus pelos sobre él, me corro.

—¡Y también froto mi botón! ¿Lo notas? ¡Abrazame!

—¡Sí, sí!... ¡Toma!... ¡Me corro, adorada mía!... ¡Creo que voy a inundarte!...

—¡Ah! ¡Y qué caliente está!

—¡Toma! ¡Más!

—¡Espérame!

—¡No, no goces todavía!... Me retengo. ..Déjame respirar...

Quarta hizo una mueca de contrariedad y dijo, llorando casi:

—¿Por qué no quieres que goce? ¿No te das cuenta de que estoy llena a rebosar y aún no me he corrido?

—Estás más hermosa cuando te excitas así.

—No. Los ojos se me ponen más bonitos cuando he gozado. ¿Por qué no quieres?

La razón era que las historias de amor o de vicios misteriosos ponían a Quarta fuera de sí cuando se encontraba en la cima de la excitación.

A Prima le gustaba verla así.

—¡No te toques! ¡Te lo prohíbo! Deja que te penetre con el dedo.

—¡ Me estás martirizando, amor mío! Vienes a ponerme caliente, me impides gozar, y no quieres que me desespere con tu dedo metido en el...

—Chitón. Escucha, voy a contarte lo que acabo de hacer. Acabo de ser enculada por tres veces: por una lengua, por un consolador y por una polla.

—¡Oh! ¡Será posible! ¡Y lo dice tan orgullosa! Si me amaras como yo a ti, todo eso no te habría dado tanto gusto como el que me da tu dedo. ¡Toma! Voy a meter-te dos de los míos para castigarte. ¡Te quiero demasiado! ¡Eres una guarra!

—Venga, no refunfuñes... ¡Pero si te estás muriendo de risa!

—Porque me aprietas los dedos, tal como habrás acabado de hacérselo a una lengua, a una polla, a un consolador... y ¿a qué más? ¡Qué mierdecita es esa Puella! Cuando supe que la llamabas esta noche a la cámara...

—¿Te has masturbado?

—¡Maliciosa!

—Estoy segura de que sí. ¡Como si lo hubiera visto!  
No lo niegues.

—Lo he hecho por ti... Pero no lo suficiente.  
Hubiera debido masturbarme durante toda la noche,  
así ahora tendría menos ganas de besarte.

—No me digas.

—Eres demasiado hermosa.

-¿Y?

—Ahora mismo me estás excitando a morir.

-¿Y?

—¡Y que mientras te hacían todo eso has sido capaz  
de contenerte, adorada mía! ¡No has querido gozar si  
no era en mis brazos! Tú sí que me amas demasiado.  
Apenas te he tocado has gritado: ¡Me corro!

—¡Y lo seguiré gritando antes de que termine la  
noche, Quarta mía!

—¡Pero no antes que yo! ¡Te adoro! ¡Te adoro!  
¡Déjame gozar!

—Sí, si adivinas lo que traigo aquí, bajo la camisa,  
sobre la piel.

—Me has traído tu vientre, bajo mis pelos, sobre la cama.

—Pero aquí, debajo de la camisa... ¡El consolador  
de Chloris!

—¡Ah! ¡Lo quiero! ¡Quiero que me lo metas! De  
prisa, ya no me toco.

Quarta nunca había recibido aquel consolador más  
que de la propia Chloris o en presencia de ésta, y, siem-

pre, justo al lado de su virginidad. Por eso, ni ella ni Prima cayeron en la cuenta de que, estando como estaban solas, aquella noche, podían... Súbitamente, a Quarta se le ocurrió. Tumbándose de espaldas, abrió las piernas y dijo, con tono urgente:

—¡Desvírgame por delante!

—¡Qué locura!

—Sí, estoy loca, estoy caliente. ¡Desvírgame por el coño!

—Mañana lo lamentarás.

—No me arrepentiré. ¿Acaso Tertia lo lamenta? Te prometo que me masturbaré hasta el final por ti... ¡Oh, qué hermosa estás con esa picha! Ven, échate sobre mí.

—Te haré daño.

—¡Me harás gozar! ¡Estoy mojada! Mira cómo mis dedos impregnados abren para ti estos pelos y estos labios... ¡Estoy tan caliente como tú lo estabas cuando has entrado!

—¿Sabes cómo gozas, amor mío, los días en que te enculo?

—¡Encúlame por el coño, esta noche! No lo pienses más. Tú tienes pelos detrás, y yo delante. ¡Equivócate! ¡Ven, amado mío, querido Primo!

—¡Sí, te beso! ¡Ya no sé lo que hago! Colócate. ¿Dónde quieres la cabeza de...?

—De tu picha... Aquí... Ya está... Empuja... ¡Empuja más! ¡Ahora embiste!... ¡Ah!

—Quarta, amor mío...

—Ya está... Continúa... No ha sido nada... Te quiero... ¡Voy a gozar! Jódeme! ¡Qué hermoso eres!

—Nunca he amado como te amo en este momento.

—Yo tampoco. ¡Gozo! ¡Dame tu boca!

Ambas callaron al mismo tiempo.

Las jovencitas hablan muy poco cuando se las desvirga, ya sea porque sufren o bien porque gozan. La colisión del placer con el dolor las trastorna. Suspiran por ser besadas. Hablan con la mirada.

Cuando todo hubo pasado y el último estremecimiento se perdió a lo largo de las piernas, Quarta acertó a murmurar con una sonrisa beatífica:

—Soy más feliz de lo que había soñado. Dime, Prima, ¿cómo pudiste creer que echaría de menos mi virginidad después de habértela dado? Lo que de verdad echaría de menos toda la vida es no haberlo hecho más que una sola vez.

—Me lo darás...

—Siempre. ¿Lo recordarás?

—Sí, querida. Pero adivina cuántas veces me lo darás por otros motivos distintos del amor o la nostalgia... ¿Te sorprendes? Olvídalo.

—¡Dime en seguida cómo puedo seguir dándotelo!

Un largo beso fue lo único que permitió a Prima guardar silencio. Por fin, dijo:

—Si nos amamos cada noche vientre contra vientre, ¿crees que es sólo porque te agitas en cuanto te toco entre las piernas con la lengua?

—No. Es para gozar boca a boca.

—¿Y acaso no es esa boca que tú besas la que, por encima de todo, tendrá tu virginidad?

—¡Oh, sí! ¡Y más aún! Tendrá el néctar y la sangre. ..., incluso la carne, si así lo desea.

—¿Y mi lengua?

—Ahora no, te lo suplico. Me desesperaría gozar antes que tú. Si me amas lo bastante para comprender que te adoro, toma todo cuanto mi virginidad puede darle a tu boca, pero no gocemos sin antes haber visto nuestro amor en nuestros ojos.

Cuando las dos bocas se entreabrieron, Prima estaba pálida y Quarta intensamente roja.

—¡Has sangrado! ¡He debido hacerte daño!

—Nunca te he amado tanto.

Prima tuvo un impulso:

—¡Quarta mía! ¡Mi único amor! ¡Pídeme lo que quieras, y lo haré!

—¿Algo extraordinario? ¿Algo que no hacemos juntas?

—Sí.

—¿Aceptas de antemano?

—Sí.

—Pues bien —dijo la muchacha, sonriendo plácidamente—, mira cómo llevo una mano audaz hasta el coño de Su Alteza y la masturbo.

—¡Esto no es serio!

—Mastúrbame tú también... Para poder gozar boca contra boca... estoy demasiado dolorida para restringarme... Crucemos nuestras manos como dos crios... Pero, antes, escucha: yo te he confesado que me masturbaba por ti. ¿Acaso tú...?

—¿Cómo puedes...? ¿Y esos dos ojos infantiles, inquietos, que esperan mi respuesta? Susúrrame al oído qué es lo que sabes.

—Sí, escucha... Sé... que eres como todas nosotras. ... Mientras más te hacen gozar, más necesitas masturbarte tú sola, antes de dormir. Y... y no estaba segura, pero leo en tus ojos que lo has hecho por mí.

—¿Y por quién si no podías imaginar que lo hacía?

—Eres tan hermosa que pensaba: Prima debe masturbarse por sí misma.

—¿Como Secunda? ¿Con un pequeño espejo entre las piernas?... A veces lo hago; pero ¿qué veo en el espejo? El vientre y el coño que tú rasuras todas las mañanas, sólo tú, porque así puedo tener más cerca tus pelos y tu carne. ¿Para qué necesitaría un espejo, si tengo puesta ahí la mano?

Quarta puso su boca ahí, y entregó el alma en un largo beso. Después, se tendió de nuevo junto a su hermana y, tocándola con el dedo, dijo:

—Así es como lo hago cuando me masturbo por ti.

—Y así es como... ¡Oh! ¡Qué gusto da!

—Continúa como si yo fuera tú.

"Cuando llegó la tercera noche", como hubiera dicho Scheherazada, el rey se hizo aconsejar por Tertia, que le dijo con tono alegre:

—Haz venir a Secunda. No nos aburriremos ni un minuto.

—Creí que era prudentísima y piadosísima.

—Precisamente por eso me divierte. Todos suponen que ella y yo somos los dos extremos, pero casi todas las noches nos acostamos juntas... Y es a ella a quién imité anteayer, cuando te hablé de mi pudor. ¡Hay que oírla! ¡Es de un marrano!

—¿Y bien?

—No diré nada más. Es mejor que la oigas.

Tertia salió corriendo.

Regresó trayendo a su hermana cogida del brazo, y enseguida la interpeló:

—¡Confíesate para mortificarte, santa Secunda! El rey va a interrogarte acerca de aquello que mejor conoces.

—Lo que yo sé mejor es que soy una miserable pecadora, padre mío. Así pues, escucharéis una miserable confesión.

—Siendo así —dijo el rey—, consiento que te mortifiques. Le hará bien a tu conciencia, y no hará más que tranquilizarla. La confesión es grata para las almas bien nacidas.

—Sí, lo diré todo. ¡Lo diré todo! ¡Lo diré todo! Y si olvido algo, Tertia, recuérdamelo. No quiero omitir nada.

—Comienza con lo que haces cuando te acuestas completamente sola. Yo no estoy siempre en tu habitación. ¡Vamos! El rey te escucha.

Secunda elevó la mirada al cielo y suspiró:

—Noche y día siento cómo me consume el fuego de la carne.

—¿A qué te refieres?

—A un fuego que me abrasa de la cabeza a los pies y que se apodera de una parte de mi cuerpo... que las chicas no deben nombrar.

—Es lo que las chicas llaman coño —explicó Tertia.

—Cuando entro en mi habitación para rezar mis oraciones, ese deseo carnal me distrae. Por eso he adoptado, como tema de mis meditaciones, la vida de santa María Egipciaca: para poder soñar sin remordimientos en las desnudeces, padre mío. Pero cuando me imagino a la santa entregándose a los desvarios de su juventud,

eso, lejos de calmarme, todavía me inflama más. No puedo resistirlo y..., y...

—Habla.

—Poluciono.

—¡Poluciona! —repitió Tertia llorando de risa—. Y bien, di cómo polucionas.

—Me desnudo como la santa y, a fin de avergonzarme a mí misma, sostengo entre mis piernas un espejito en el que veo reflejadas mis partes vergonzantes y su ignominia, y me sonrojo de las poluciones que cometo ante mi vista. A veces, me siento en el borde de un sillón, frente a mi espejito, e invento las posturas más sucias a fin de sonrojarme todavía más.

Hizo una pausa, titubeó un instante, y añadió:

—Ninguna mortificación será más cruel para mí, padre mío, que polucionar delante de ti. Y, sin embargo, sin hacer eso no podría continuar con esta confesión que tanto me conturba.

—¡Siente deseos de polucionar! —estalló Tertia, en medio de una nueva carcajada—. Deja de retorcer la tela de tu vestido, no seas ridícula... Y ahora, puesto que la emoción te ha dejado sin habla, permite que te desvistamos y que podamos verte.

Una vez la hubo desvestido, Tertia continuó, en tono severo:

—¡Las manos a la espalda! Ya polucionarás más tarde. Primero, mortifícate presentándote a ti misma. ¿Qué es eso?

—La impudicia de mi pecho desnudo, los pezones alargados de tanto estirármelos. Los estigmas de mis cochinadas.

—¿Y esos pelos negros?

—Un velo que la Providencia ha puesto frente a mis partes secretas, para ocultarlas a mi vista.

—Pues no parece conseguirlo demasiado... ¿Y esto?

—La obscenidad de mis labios vergonzantes.

—¿Por qué has hecho un nudo en tus pelos?

—Para recordar un sueño que tuve ayer noche, cada vez que polucione hoy. Un sueño lujurioso. Lo contaré en voz alta...

Se acostó de espaldas a través de la cama, levantó al máximo los muslos y farfulló, mientras se masturbaba:

—Aquí, ella... Allí, él... Yo..., yo... ¡Oh! Lo contaré más tarde... Me arde la cabeza... ¡Peco! ¡Peco!

—Eso significa que se corre —aclaró Tertia.

—¡Perdón, Dios mío! ¡Perdón!

—Todas mis hijas están trastocadas —concluyó el rey, soñador.

Y se retiró por algún tiempo, antes de que Secunda se recobrará.

Cuando por fin se incorporó, y tras un suspiro, la joven reanudó su interrumpida confesión:

—Pero no me limito a los atentados que cometo contra mí misma, padre mío. También siento por Tertia una concupiscencia infame.

—Infame —repitió su hermana, imitándola.

—La someto a tocamientos que la incitan al pecado. Mi propia boca se prostituye en lubricidades inominables.

—Inominables.

—La licenciosidad de sus gestos y de sus palabras me atraen irresistiblemente. En lugar de moralizarla y reprenderla...

—Cuando te digo: aplástame la boca con tu culo...

—Soy tan abyecta que lo hago, y que siento placer con ello. ¡Yo, su hermana mayor, que debería alimentarla con el maná eterno!...

—Con lo único que me alimentas tú es con néctar, y siempre me llenas hasta la saciedad.

—Pero todavía me siento tan abyecta cuando adopto la misma postura que ella.

—¡Habla, di qué es lo que más te gusta!

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Dilo tú! ¡Yo no puedo!

—Adopta la pose y lo diré.

Secunda se arrodilló a los pies de la cama, en actitud orante. Tertia, divertida, apoyó una mano en el costado, extendió el otro brazo para señalarla, y dijo:

—¿Ves, papá, cómo reza? Con los riñones hacia dentro, el trasero como dos bolas y las nalgas tan abiertas que parece rogar a todos los santos para que la enculen.

—¡Ya sé que soy impúdica! —gimió la postrada.

—La primera noche que nos acostamos juntas,

cuando se puso a rezar con el rostro entre las manos, lo único que veía yo era el agujero de su culo. Se lo chupé, se retorció..., pero no se resistió. Entonces, le metí la lengua en el agujero.

—¡De ese modo *rezaba* todavía mejor!

—Así lo comprendí. Por eso retiré la lengua, hundi en su lugar mi consolador, y después... No sé qué sucedió, pero sin que yo la hubiera masturbado, sólo con mover un poco el consolador en su culo, se corrió.

—Pero ¿no te dije que yo podía ver con los ojos cerrados? Y ahora también la veo...

—¿A santa María Egipcíaca?

—¡Sí! ¡En su lecho de juventud y lujuria! Está desnuda, lo mismo que yo, y de rodillas, como yo lo estoy. Me sonrío con sus ojos pintados. Detrás, se arrodilla su amante. Ella sostiene el miembro con una mano y me muestra la ofrenda que tiene reservada para él. ¡Ah, el pecado de sodomía! ¡Es el peor de todos!... Tertia, ¿qué esperas?

—¡Ruega a la santa que haga un milagro y que convierta mi consolador en una picha de verdad!

—¡Sí! ¡Lo hará! ¡Creo en ella con toda mi alma!

FIN